
Michel Butor

La ciudad como texto



1. El texto de la ciudad

Si llego a una ciudad extranjera, México por ejemplo, estoy acompañado, acogido, seguido por texto. Me han hablado, he leído al respecto en diarios o libros, y a menudo, me he provisto de documentación para visitarla, facilitar ahí mi vista y mi vida: guías, manuales, libros de temas históricos.

Libros que leí antes de mi llegada, aquellos que leo durante mi estancia, lo que me prometo leer al regresar, y que a veces leo realmente bastante después, al acordarme, al preparar otros viajes. A veces se completan con escritura: cartas que he tenido que redactar para organizar la aventura, apuntes que se toman a diario (esto no lo suelo hacer sino raras veces), obra en proyecto.

Algunas ciudades tienen un peso literario enorme, se las encuentra en casi todas partes, en algunos volúmenes en casi cada página. Así sucede con Tokyo, me imagino, para siglos ya de literatura japonesa, con París por supuesto para la francesa, y algunas más que se quedan atrás, con Roma en el primer lugar y luego, según las épocas, las grandes capitales antiguas o modernas: Atenas, Jerusalem, por una parte y, por la otra, Londres y Nueva York. Así podría elaborarse para cada cultura un diagrama de presencia urbana. Cuando estoy en la ciudad misma, los textos de los que me he provisto van a funcionar, a ayudarme en mayor o menor grado. Algunos, simplemente, irán agregándose a lo que veo como fondo u otra faceta pero sin resultarme útiles en la vida cotidiana, los

que más me importarán son aquellos que se vinculen con el texto mismo de la ciudad, que me permitan leerlo.

Entiéndase aquí por texto de la ciudad, primero la enorme cantidad de inscripciones que la cubren. Si me paseo por las calles de una metrópoli moderna, las palabras me esperan, me asaltan por todas partes: no sólo que la gente con la que me cruzo habla entre sí, sino que sobre todo las placas en los edificios, los letreros en la entrada de las estaciones del metro, en las palabras de los autobuses me permiten, si soy capaz de descifrarlos, saber dónde me encuentro, y cómo ir a otra parte. Si me veo iletrado para ese quehacer, heme aquí perdido, impotente, entregado a un guía incontrolable: retorno a una triste infancia. Es, por lo general, el caso del occidental que desembarca en Tokyo, ignorándolo todo o casi todo del idioma. Por suerte, a veces acude en auxilio suyo una lengua intermedia, el inglés.

En algunas avenidas, las inscripciones se multiplican, inmensas, suntuosas, luminosas, intermitentes, cambiantes, celebrando esto o aquello con caracteres conocidos o desconocidos, claros u oscuros. En los escaparates, las etiquetas indican los precios, precisan cantidades, orígenes; en los restaurantes, están los menús; en los museos, en ocasiones, largos comentarios. Cualquiera que sea el lugar donde me detengo, estoy sitiado, asediado, acometido por texto, y para dirigirme en el interior de esta cantidad me pueden auxiliar determinados libros, los que logran depararme un análisis fisiológico de este conjunto, gracias a planos a

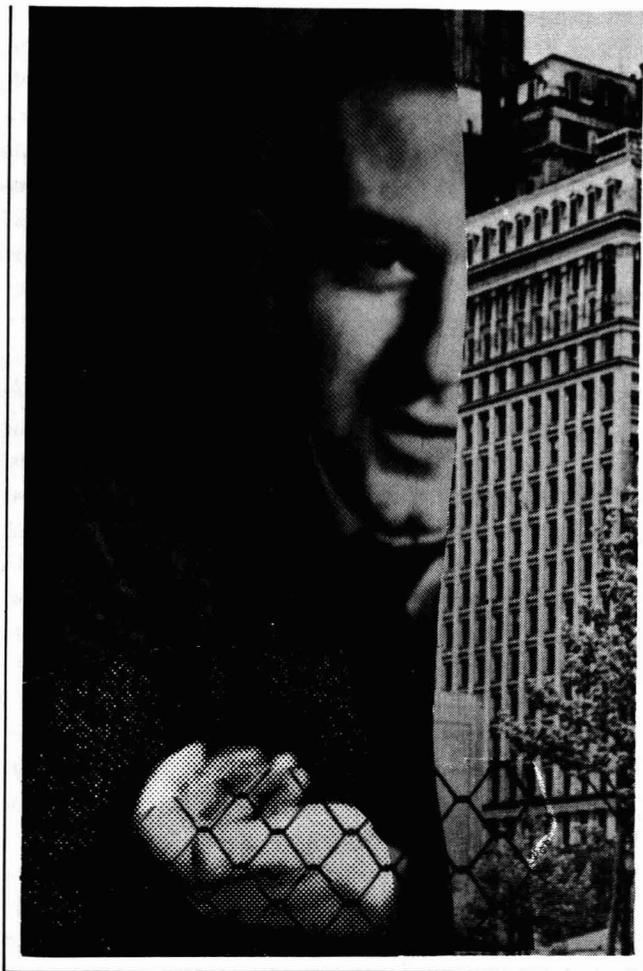
menudo, a mapas, cuadros, que logran permitirme participar activamente en esta circulación, orientarme de referencia en referencia; entonces sabré que tal o cual nombre significa tal o cual barrio, y cuál es su estilo, cuáles sus recursos, sus señales, sus puntos notables.

A todo este texto manifiesto, conformado efectivamente con palabras que pueden hallarse en los diccionarios, se agrega una inmensa región de cuasi texto, de escritura sorda, gestándose, el conjunto de las señales y precisamente de estas referencias: el semáforo en el cruce nos dice que podemos pasar, la flecha que hay que dar vuelta, la barra blanca en su disco rojo que el sentido es contrario, un ideograma nos indica la destinación de tal edificio; tal monumento vislumbrado al cabo de una avenida nos permite comprender que para volver a nuestro hotel hay que voltear a la izquierda. A los signos repertoriados de la lengua, se agregan otros innombrables que hay que aprender a descifrar, a manejar como los de una lengua. Incluso puede decirse que todas las partes de la ciudad de alguna manera se designan mutuamente mediante un vocabulario que ha de adquirirse y que en ocasiones pueden enseñarnos los libros.

II. La ciudad como acumulación de texto

Hay ciudades más o menos literarias en el sentido en que desempeñan un papel más o menos importante en el interior de la literatura, al grado de que a veces resulta imposible ahondar en ciertas investigaciones sobre los clásicos sin haberlas visitado, consultado como se hace con los diccionarios. Hay ciudades más o menos librecas en la medida en que su lengua propia está más o menos vinculada con los libros, en que éstos permiten más o menos aprenderla; así una ciudad japonesa con inscripciones en inglés, menos importante quizá desde el punto de vista literario, resultará más fácil de descifrar para un occidental, aunque no hable el inglés, que en caso de no incluir ninguna. Podemos imaginar ciudades, basta con remontarnos un tanto en el pasado, en las que el texto sería menos manifiesto. En Tokyo, el occidental más ignorante ve que hay texto en todas partes. En tal o cual ciudad africana del siglo pasado, el explorador no podía discernirlo en ninguna parte; tenía que trabajar a partir de señas. Pero sobre todo hay ciudades más o menos textuales, según la cantidad de texto que acumulan.

Porque hasta ahora no he hablado, incluso cuando he evocado señales y puntos de referencia, sino del texto más manifiesto, del texto abierto, tendido, de la superficie. Las conversaciones que puedo oír en la calle no representan sino un muestrario íntimo en relación con todo lo que pueda decirse dentro de las casas. Las inscripciones en las paredes son muy breves respecto de las que se pliegan, se amontonan en sus almacenes. ¡Basta entrar en una librería! Si desplegara todas las hojas apiladas; cuánta superficie ¡y qué trayecto el de todas estas líneas colocadas una tras otra!, también podría entrar en un comercio de discos, pero si me atengo solamente a la inscripción clásica, vea estas minas: las bibliotecas, archivos, oficinas administrativas. Todas las habitaciones de este rasca-cielos están atiborradas de papeles escritos o de microfilmes.



El texto manifiesto es perpetuamente despertado por la lectura, pero el texto profundo, aquél que duerme entre las hojas de un libro aún no abierto, en los subterráneos de las reservas, ese texto durmiente no tiene menos importancia, como sabemos. Resulta esencial que pueda consultarse algún día. Nada marcha si está perdido: ya no pueden aplicarse las leyes.

La función de la ciudad como acumulador de texto es tan importante que podemos preguntarnos si no es ésta su raíz principal. Las investigaciones arqueológicas nos enseñan que, en todas partes en el planeta, las primeras grandes ciudades son contemporáneas de la invención de la escritura en el sentido propio del término, cualquiera que sea su mundo. Así, tal vez no sea porque hay mucha gente en un lugar que el texto se acumula ahí, si no a la inversa. Sería porque en este lugar se repliega el texto que ahí se instala la gente para servirlo de alguna manera. La sede de la autoridad, no es tanto la del gobierno, del jefe militar, del sacerdote, sino la de los archivos.

III. La ciudad como género literario

La ciudad puede considerarse como una obra literaria, que incluye ciertamente partes no verbales —como una obra de teatro—, que tiene sus reglas propias y sus procedimientos de composición, de un género extraordinariamente abarcador ya que, por medio de las bibliotecas, librerías, escuelas, etc., al menos toda la literatura de una lengua puede aparecer como uno de sus capítulos, sus actos, sus sectores.

En el interior de ese gran género ¡cuántas diferencias de estilo en Tokyo, México, Nueva York o París!, ¡cuántas diferencias incluso entre los distintos barrios de estas ciudades! Pueden clasificarse éstos según su densidad de texto, representando las secciones de archivos la acumulación máxima, según el grado de exposición de su texto, la cantidad de texto que ahí se da a ver al mismo tiempo —serían entonces los barrios de negocios o ciertos barrios de placer los que se mantendrían en la cúspide—, según la calidad del texto y su color, teniendo cada profesión, por ejemplo, sus calles predilectas.

De una gran ciudad a otra del mismo idioma, cambian el reparto del vocabulario y las frecuencias. Así, las estaciones de Nueva York o de Londres no llevan los mismos nombres, tampoco las estaciones de los suburbios a donde conducen los trenes más frecuentados. Por lo tanto, no escucharemos las mismas palabras, no las veremos iguales en los letreros, los carteles, los horarios. En un barrio elegante, la gramática difiere de la que se usa en una ciudad perdida; entre la gente culta se usarán numerosos términos desconocidos para los ignorantes, se tendrá otra relación con los textos durmientes, con la autoridad que mantienen.

En los suburbios de expansión rápida, se es a menudo obligado a nombrar las calles muy pronto; se elige entonces una región del vocabulario que va teñir esta región urbana. Así, en México, el barrio burgués acomodado, aquél donde viven por ejemplo los agregados de las distintas embajadas, Polanco, tiene todas sus calles bautizadas con los grandes nombres de la literatura occidental: para ir de la calle Eugène Sue a la calle Edgar Allan Poe, puede pasarse por Homero u Horacio, y se cruzan Tennyson, Alejandro Dumas, Alfred de Musset, Anatole France, La Fontaine y Calderón de la Barca. En otra parte, serán los Estados del gran vecino, Alabama, Alaska, Arkansas, etc..., en otra parte aun, las zonas arqueológicas. Y todas esas palabras se repercuten, se amplifican, se ilustran en los nombres de las tiendas, de las gasolineras, de los hoteles; nos sumergimos entonces en una asombrosa riqueza de evocaciones dirigidas.

El género literario que es la ciudad puede fácilmente compararse con la novela. Siendo en efecto el gran novelista aquel que sabe dar a oír la voz de sus personajes, que debe otorgar a cada cual un estilo particular, su estilo es, propiamente dicho, un superestilo, una integración de estos fenómenos estilísticos que bastarían perfectamente para caracterizar a un orador o a un poeta lírico. Asimismo, el estilo de una gran ciudad integra una prodigiosa cantidad de subestilos, los de los pueblos yuxtapuestos o superpuestos.

Tales regiones controlarán las otras, encerrarán sus representaciones, las comprometerán o las forzarán a la imitación, y esto puede desarrollarse de ciudad en ciudad, integrando tal o cual ciudad una representación de tal o cual otra, a menudo como un fragmento que se hubiese desprendido con su estilo, su lengua misma. Basta recordar el *Little Tokyo* de Los Angeles, los barrios chinos, italianos, puertorriqueños de Nueva York. Aquí empieza a plantearse el problema de su autoridad relativa, de la influencia que tienen unos sobre otros.

Pero, ¿qué gigantesca novela podría rivalizar con semejantes conjuntos verbales? Intentamos al menos mimetizar sus fun-

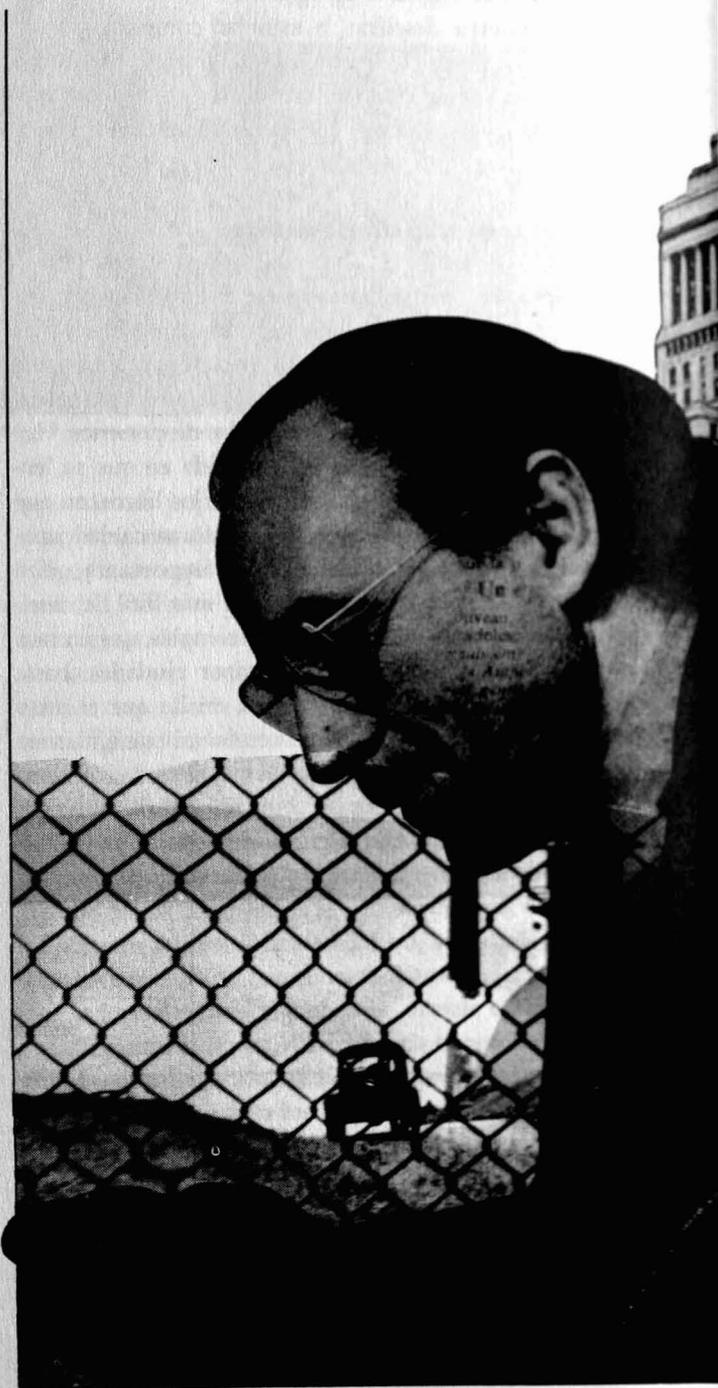
ciones, sus nudos, su variedad. Desde el siglo XVIII al menos, la novela moderna es fundamentalmente novela de la ciudad, descripción de la ciudad que se difunde y actúa en otra ciudad, o en relación con ella.

IV. Las murallas de la ciudad

Barrios más o menos orales, más o menos escritos; el centro se opone a los suburbios, pero esta oposición no es sino la interiorización de otra, esencial, la de la ciudad y del campo.

Si las ciudades antiguas estaban rodeadas de murallas, ciertamente era para protegerlas contra los peligros del exterior: lobos, bandoleros y bárbaros, pero también para impedir que el tesoro interno se diluyera, se esparciera.

Todo el campo viene a consultar a la ciudad, contribuye



a la edificación de esos muros tabernáculo. La ciudad es reconocida como ley, autoridad, centro, valor; sin ella, el campo considera ya que no podría sobrevivir, que se desharía sin ese nudo, ese lastre, esa reserva.

Oponiéndose lo escrito a lo oral, lo sagrado a lo profano, la ciudad libro es antes que nada templo. El templo es en efecto la primera forma de acumulación del texto, es estela. Se convierte en ciudad al desarrollar las contradicciones de su servicio.

Oponiendo lo visible a lo difuso, lo claro a lo oscuro, las impresionantes murallas son la expresión misma de esta diferenciación. Hay que ver la ciudad de lejos, incluso hay que oírla, de ahí las altas pagodas; las campanas, la enormidad de nuestras catedrales.

La Roma cristiana nos depara una ilustración fehaciente de

esta oscilación entre centro y margen en la solemne bendición papal Urbi y Orbi, a la ciudad y la circunferencia. El mundo esta dividido en dos mitades complementarias pero en absoluto equivalentes: es la ciudad, así suele pensarse, la que sostiene todo el resto. Es lo que la sociedad francesa se esforzó en reproducir en su oposición entre París y la provincia. Todos los caminos llevan a Roma, decimos; y ya sabemos cuán difícil resulta ir en tren o por autopista de un punto de Francia a otro sin pasar por la capital.

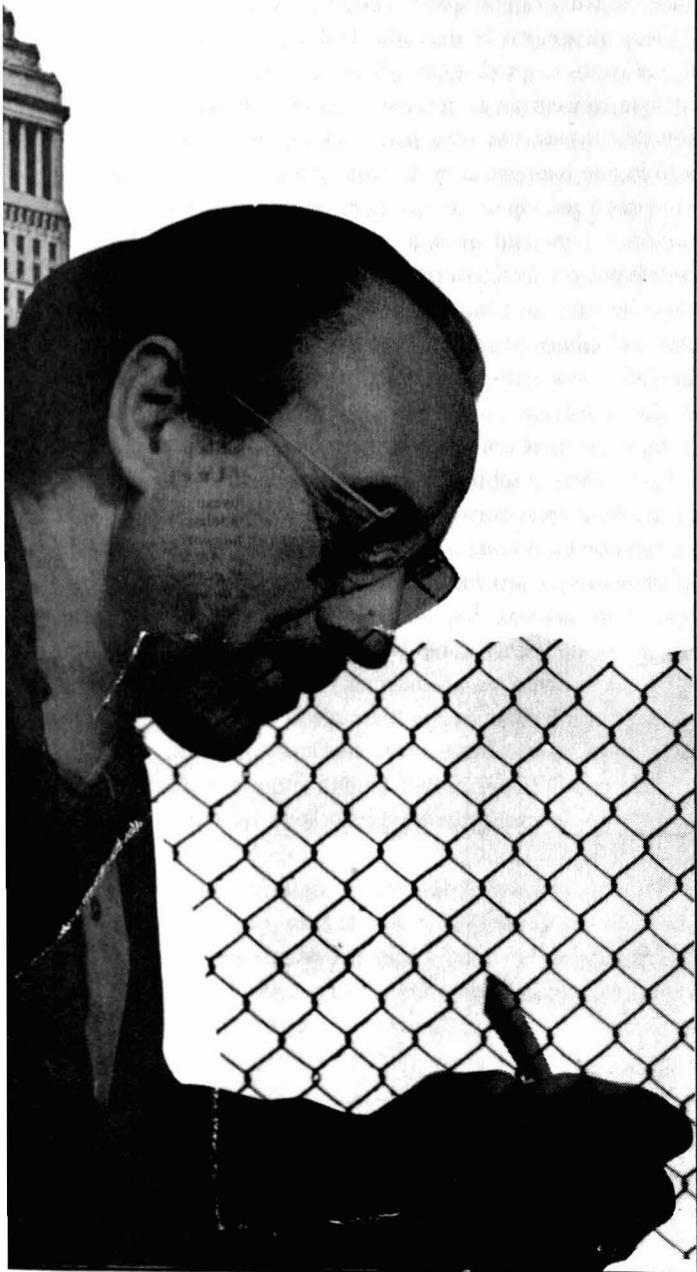
La ciudad central bien puede tener satélites, delegaciones en el corazón de tal o cual región del campo, representada además en el interior de su recinto: puede existir en París un barrio de bretones, otro de provenzales. Las ciudades secundarias serán consideradas por la capital como sus espejos, sus ecos, sus manos, lo cual no hace sino exagerar la distancia, estimular: por un lado la omnipotencia, por el otro, el obediencia absoluta.

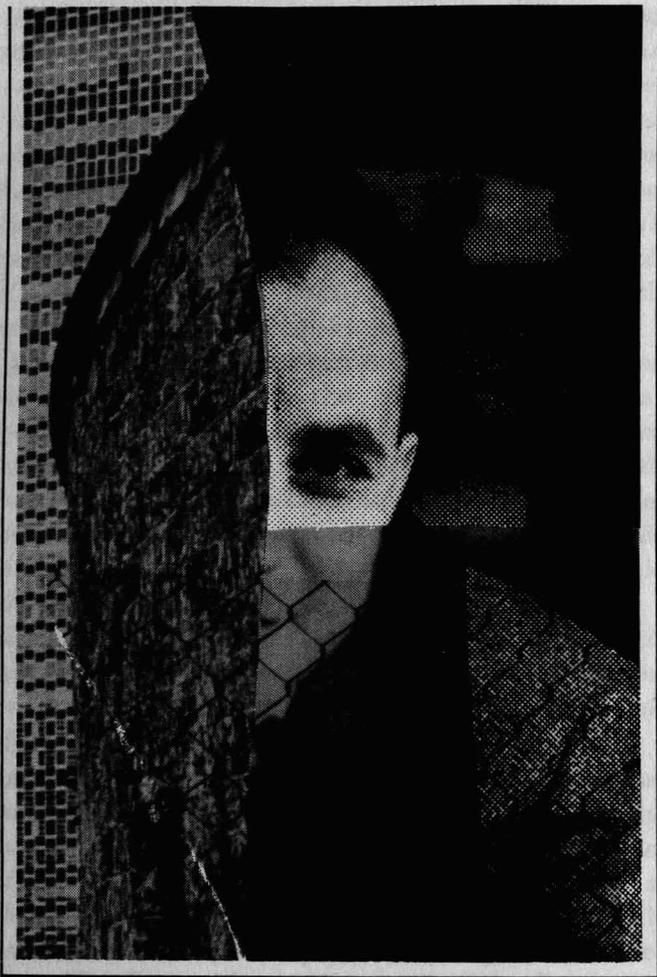
Es casi el abismo que separa al creador de la criatura en las religiones monoteístas, y en éstas se halla la oposición más fuerte entre errancia marginal y centro del mundo: La Meca, Roma, Jerusalem, por más perdido que sea ese centro.

Mientras exista el politeísmo, es decir mientras la ciudad pueda aceptar en su seno las representaciones de otros centros iguales, de sus lenguas y estilos escribiéndose en ideogramas-dioses, puede haber paz y equilibrio, pero, cuando el dios se vuelve "celoso", si ya no puede tolerar cerca de su templo el de otro, tampoco puede tolerarlo un poco más lejos; es forzosamente el imperialismo. Hay que pasar por él, es la vía, la única vía. En la capital imperial, la oposición centro-suburbio, barrio intra y extra-muros, refleja la oposición ciudad-campo, pero para mantener ésta, un nuevo recinto más amplio va a distinguir el conjunto en expansión, a cuyo alrededor pueden desarrollarse nuevos suburbios, los que, a su vez, se verán encerrados. Cada anillo es como una grada de ziggurat, un piso de la torre de Babel pintada por Brueghel el viejo, donde se dispone una clase de la sociedad. Para ir de una extremidad a otra de uno de esos anillos, habrá que pasar por los anillos céntricos que cada vez más darán a sentir su poder, multiplicarán las pruebas y humillaciones. Pronto sólo se podrá penetrar en el recinto supremo a través de intermediarios, de representantes, será la Ciudad prohibida en el corazón de la ciudad. El campesino se hará representar por el de los suburbios, que a su vez se hará representar por el burgués, por el noble, y así sucesivamente. Ese centro por el que forzosamente se debe pasar, ya no podrá pasar por él, ese pleno supremo será vivido como un vacío, ese centro del centro será para la mayoría de los habitantes un centro perdido, el texto fundamental se tornará indescifrable para el laico. En el recinto de la ciudad sagrada del Vaticano, en el corazón de la Roma actual, sigue hablándose, oficialmente, el latín.

V. Inversión del texto de la ciudad

Cuanto más celoso era el centro y su dios, tanto más va a condenar a su pueblo al nomadismo, su pérdida, ya sea fundadora como la Hégira, la "huida", para el Islam, o debida a una intervención externa como la conquista romana para el ju-





daísmo. Pero es un nomadismo en el roce de las ciudades, de suburbio en suburbio, o de ruina en ruina. Estos nómadas posturbanos desempeñarán un papel esencial en la transmisión, la diseminación de los textos, en la substitución del templo anclado por su equivalente móvil, que es el libro. Los seguidores del dios celoso se nombran a sí mismos los pueblos del libro.

La figura de la ciudad imperial como conjunto de recintos concéntricos se complica en cuanto hay un conflicto de autoridada en su interior e incluso en su exterior, cada potencia querrá su recinto propio. Basta recordar las "concesiones" occidentales de Shangai. También se complica cada vez que el desarrollo de uno de esos anillos se convierte en un obstáculo para la irradiación del centro, lo oculta. Entonces, la autoridad suprema podrá hacerse excéntrica, es lo que sucede en la Francia clásica en la creación de Versalles para escapar al tumulto pernicioso, ejemplo seguido por numerosas otras naciones. A partir de ahí, se produce una inversión: para ir a consultar la autoridad, ya no se va hacia el centro de la ciudad, se sale de ella.

El desarrollo de los medios de transporte y de información va a precipitar esta evolución. Si se circula a pie o a caballo, el camino más corto para ir de un suburbio a otro es efectivamente pasar por el centro, cualesquiera que sean los atascos, los embotellamientos. Si sólo hay un ejemplar del texto, estela o manuscrito, hay que ir a consultarlo donde esté, cueste lo que cueste. Pero si se perfeccionan los coches y las carreteras

pronto, para ir de un punto del centro a otro se irá más rápido dándole la vuelta a la urbe, saliendo de aquí para entrar allá. Si la imprenta nos multiplica los textos fidedignos, si el teléfono nos permite conversaciones a distancia, si la prensa, el telex, la radio nos hacen llegar las noticias a casa, ya no necesitaremos ir a los archivos mismos, se difundirán por el espacio.

Entonces los centros de las antiguas ciudades empiezan a pudrirse. Teniendo a disposición sus automóviles, y a veces sus aviones, los ricos se instalan en una zona verde circundante. La antigua sede de la potencia se derrumba en ruinas, alberga a los más miserables, se convierte en la ciudad perdida interior hasta presentar tanto peligro que se la vacía y limpia para transformarla en zona turística.

Los suburbios se organizan con sus comercios y atracciones de tal forma que resulta cada vez menos necesario ir a ese centro contaminado, corrupto; se huye de él en busca del espacio, tan rápido a veces que las murallas desaparecieron ya, y nos percatamos con asombro de que la antigua diferenciación entre ciudad y campo quedó abolida.

Ciertamente, en la mayoría de las regiones del mundo, lo que continúa es el desarrollo de las capitales centralizadoras, que concentran a menudo cerca de la mitad de la población de un país, por otra parte casi desierto o abandonado, pero lo que impresiona en la evolución actual de ciudades, ya inmensas a principios de este siglo, es su progresiva transformación en una red urbana, que puede, que debe absorber todo lo que queda del campo, del desierto inclusive, con regiones más o menos céntricas, pero sin que pueda hablarse del centro absoluto, cualquiera que sea el punto de partida, transformación correlativa a la de la información puesto que, hoy en día, la escritura, cualquiera que sea su carácter irremplazable, ya no es el único medio para fijar y conservar el texto.

La potencia absoluta del centro en relación con el espacio circundante hacía que de cualquier punto que se partiese, sólo existiera de hecho una dirección permitida, y esto se traducía, en los textos, en una linearidad tan fuerte como fuera posible. Sólo existe una vía, hay que ir de la primera línea hasta la última. Sí, de hecho, jamás pudo ser íntegramente respetado este modelo narrativo o discursivo, no ha dejado durante algunos siglos de habitar la enseñanza de la literatura y la crítica sobre todo en occidente. Para nosotros, se trata, ya no de rivalizar con el poder de una ciudad imperial y de contribuir a éste, sino de apresurar la travesía hacia un flamante nomadismo de lujo.

El campo o incluso el desierto detrás de la ciudad, era lo que ya se buscaba desde los jardines secretos de los emperadores, acompañándose la excentricidad del palacio real en Versalles con el ordenamiento de un inmenso parque. Luego se crearon los parques públicos para todos los ciudadanos. Si la novela tal como la desarrollaran los pasados siglos es, por excelencia, la expresión de la gran ciudad clásica, son las nuevas formas móviles y abiertas, anillos y redes para las que los siglos antiguos pueden proponernos numerosos bosquejos, los que hoy en día nos toca elaborar para participar más activamente en la metamorfosis de nuestro mundo de desgarramiento entre ciudades rivales en un jardín de universal urbanidad. ♦